



CAPÍTULO XXIX

En el cual oímos una antigua leyenda persa. Lo material y lo espiritual. Los problemas humanos y trascendentales. La famosa multiplicación. El sultán reprime con energía, la intolerancia de los sheik.



ra una vez un rey que dominaba en Persia y en las planicies de Irán. Ese poderoso monarca oyó decir a un derviche, que un verdadero sabio debía conocer con absoluta perfección la parte espiritual y la parte material de la vida.

¿Qué hizo el rey Astor? Vale la pena recordar la forma como procedió el poderoso monarca.

Mandó llamar a los tres más grandes sabios de Persia, le entregó a cada uno de ellos dos denarios de plata y les dijo:

- Hay en este palacio tres salas igualmente vacías. Cada uno de vosotros deberá llenar una sala, no pudiendo emplear en esa tarea más dinero del que acabo de confiar a cada uno. El problema reza, realmente, difícil. Cada sabio debía llenar una sala vacía gastando apenas la insignificante suma de dos denarios.

Los sabios partieron a cumplir la misión que les había encomendado el caprichoso rey Astor. Horas después regresaron a la sala del trono.

El rey, interesado en la solución del enigma, los interrogó.

El primero dijo:

- Señor, gasté dos denarios, y la sala que me corresponde quedó completamente llena. Mi solución fue muy práctica. Compré varias bolsas de heno y con él llene la habitación desde el suelo hasta el techo.

- ¡Muy bien! –exclamó el rey-. Vuestra solución, simple y rápida, ha sido realmente muy bien concebida. Conoces, a mi modo de ver, la “parte material de la vida”, y bajo ese aspecto puedes encarar todos los problemas que un hombre debe enfrentar sobre la tierra. A continuación, el segundo sabio habló así, después de saludar al rey:

En el desempeño de la tarea que me fuera encomendada, gasté apenas medio denario. Explicaré cómo procedí. Compré una vela y la encendí en medio de la sala vacía. Ahora, ¡oh rey!, puedes observarla. Está llena, enteramente llena de luz.

- ¡Bravo! –accedió el monarca-. Descubriste una solución brillante para el problema, la luz simboliza la parte espiritual de la vida. Vuestro espíritu, saco en conclusión, es capaz de encarar todos los problemas de la existencia desde el punto de vista espiritual.

Llegó finalmente, al tercer sabio el turno de hablar. He aquí como resolvió la singular situación:

Pensé al principio, ¡oh rey del Tiempo!, en dejar la sala entregada a mi cuidado, exactamente como se hallaba. Era fácil deducir que la sala referida, ahora cerrada, no estaba vacía, pues es evidente que estaba llena de aire y polvo. No quise, sin embargo, permanecer ocioso, mientras mis dos colegas discurrían con tanta inteligencia y habilidad. Decidí accionar yo también. Tomé, pues, un puñado de heno de la primera sala, quemé se heno con la vela que se hallaba en la otra, y, con el humo que se desprendía, llené enteramente la tercera sala. Es inútil añadir que no gasté la menor cantidad del dinero que me fue entregado.

- ¡Admirable! –exclamó el rey Astor-. Sois el más grande sabio de Persia, y tal vez del mundo. Sabéis reunir con habilidad mesurada, lo material y lo espiritual para lograr la perfección.

Terminada la narración, el sabio se volvió a Beremís, a quien dijo:

- Es mi deseo, calculista, verificar sí, a semejanza del tercer sabio de la leyenda, eres capaz de reunir lo material y lo espiritual, y llegar a resolver no sólo los problemas humanos, sino también las cuestiones trascendentales. Mi pregunta es, por lo tanto, la siguiente: “¿Cuál fue la famosa multiplicación, recordada en la Historia, multiplicación que todos los hombres cultos conocen, y en la cual figura un solo factor?”

Esa inopinada pregunta sorprendió, y con razón, a los ilustres musulmanes. Algunos no disimularon pequeños gestos de desagrado e impaciencia. Un “cadi” obeso, ricamente vestido, que se hallaba a mi lado, murmuró, irritado:

- ¡Eso no tiene sentido! ¡Es un disparate!

Beremís permaneció largo rato meditabundo.

- La única multiplicación famosa, con un solo factor, citada por los historiadores y que todos los hombres cultos conocen, es la multiplicación de los panes hecha por Jesús, hijo de María. En esa multiplicación sólo figura un factor: ¡el poder milagroso de la voluntad de Dios! Algunos musulmanes intolerantes, se miraron espantados. Hubo murmullos. El califa exclamó con energía:

- ¡Silencio! Veneremos a Jesús, hijo de María, cuyo nombre es citado diecinueve veces en el Libro de Alah.

Y a continuación, dirigiéndose al quinto sabio, añadió plácidamente:

- Aguardamos vuestra pregunta, ioh sheik!

Al oír esas palabras, el quinto sabio se levantó como si fuese impulsado por un resorte. Era un hombre bajo, grueso, de blanca cabellera. En vez de turbante usaba un pequeñísimo gorro verde. Al hablar lo hacía en forma arrebatada y nerviosa.

- El valor de un sabio –comenzó con tétrica entonación- sólo puede ser medido por el poder de su imaginación. Números tomados al acaso, hechos históricos recordados con oportunidad y precisión, pueden tener momentáneo interés, mas al cabo de algún tiempo caen en el olvido. ¿Quién de nosotros se acuerda ahora del número de letras del Corán? Hay números, palabras, nombres y obras que están, por su propia naturaleza y finalidad, condenados a irremediable olvido. Voy, por lo tanto, a convencerme del valor y la capacidad del calculista persa preguntándole una cuestión que no tiene que ver con problemas que exijan memoria o habilidad de cálculo. Quiero que el matemático Beremís Samir nos cuente una leyenda en la cual aparezca indicada una división de 3 por 3, pero no efectuada, y otra de 3 por 2, indicada y efectuada sin dejar resto.

Beremís se quedó mudo, como si la inesperada pregunta del sabio lo atolondrase. Era preciso tener la suerte de recordar, en el momento, una leyenda que encerrase dos divisiones numéricas.

Después de algunos instantes de azaroso rememorar el calculista inició la siguiente narración.

